

SALÓN MÁLAGA
PATRIMONIO HISTÓRICO Y CULTURAL

Nuestros Contenidos

- PRINCIPAL
- QUIENES SOMOS
- NUESTRA CLIENTELA
- NUESTRA MUSICA
- GALERIA DE FOTOS
- RUTAS MUSICALES
- EVENTOS
- CANCION DE LA SEMANA
- RECONOCIMIENTOS
- CONTACTENOS
- NUESTROS ARTISTAS
- NOTICIAS MALAGA

SALÓN MÁLAGA
Nuestra programación :
FESTIVAL INTERNACIONAL DE TANGO

"Tango, arte e inclusión"
Artistas RED SUPER-ARTE | www.redsuperarte.org
"Porque el arte está en el corazón y no en las manos"

Estamos de Celebración 50 años del Salón Málaga...!

SALÓN MÁLAGA EN WEB

Desde el corazón de Medellín, el Salón Málaga ofrece a través de nuestro portal un punto de encuentro, aquí encontrarás información de eventos, tertulias y homenajes. Brindamos una muestra de nuestra colección de música, fotos y los

Medellín - Colombia

UN BELLO CAFÉ MUSICAL

Siega mortal

En los últimos tres años la Parca ha sido implacable con los escritores colombianos. Que recordemos han muerto Manuel Zapata Olivella, Arturo Alape, Rafael Humberto Moreno Durán y Germán Espinosa, todos con amplia y reconocida trayectoria y con numerosos lectores.

Manuel Zapata Olivella, el más veterano, fue autor de obras como “Chambacú, corral de negros”, “Tierra mojada” y “Changó el gran Putas”. Arturo Alape escribió, entre otras, “Las muertes de Tirofijo”, “Noche de pájaros” y “El Bogotazo”, documento histórico-periodístico del 9 de abril de 1948, fecha del asesinato del gran líder liberal Jorge Eliécer Gaitán y comienzo de las sangrientas convulsiones que aún estremecen y desequilibran el país. Rafael Humberto Moreno Durán fue autor de novelas como “Juego de damas”, “El toque de Diana”, “Finale capriccioso con madona” y conjuntos de ensayos como “De la barbarie a la imaginación”. Germán Espinosa, sin duda uno de los más importantes narradores colombianos de todos los tiempos, publicó “Los cortejos del diablo” y “La tejedora de coronas”, su obra maestra, consagrada por la Unesco como una de las mejores novelas de la humanidad y, en consecuencia, la más estudiada y elogiada en el mundo.

Cuatro autores nuestros y entrañables, que marcaron su época y coadyuvaron con su talento y su imaginación a potenciar el imaginario colombiano e hispanoamericano y a dar testimonio de nuestra historia.

Menos mal que, en un país tan violento como Colombia, ellos tuvieron la gracia de la muerte natural y que, como creadores, seguirán viviendo en sus obras y gozando de la evocación admirativa y cariñosa de los lectores.

EDITORIAL

Susurros

Revista colombiana de cultura
Nº 19 - Julio 2008

Redacción

Abimael Castro
Hernando García Mejía

Dirección:

10 Place Morel, 69001,
Lyon, Francia
jefi.geo@yahoo.com

HOMENAJE

Ángel González

Poema

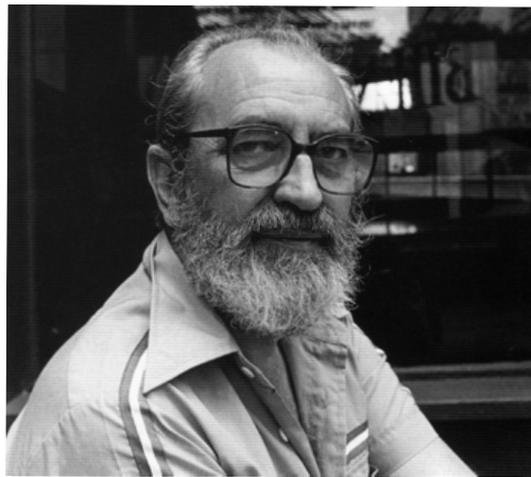
Ese lugar que tienes,
cielito lindo,
entre las piernas,
ese lugar tan íntimo
y querido,
es un lugar común.

Por lo citado y por lo concurrido.

Al fin, nada me importa:
me gusta en cualquier caso.

Pero hay algo que intriga.
¿Cómo
solar tan diminuto
puede ser compartido
por una población tan numerosa?
¿Qué estatutos regulan el prodigio?

Consejo para el buen amor: no ames.

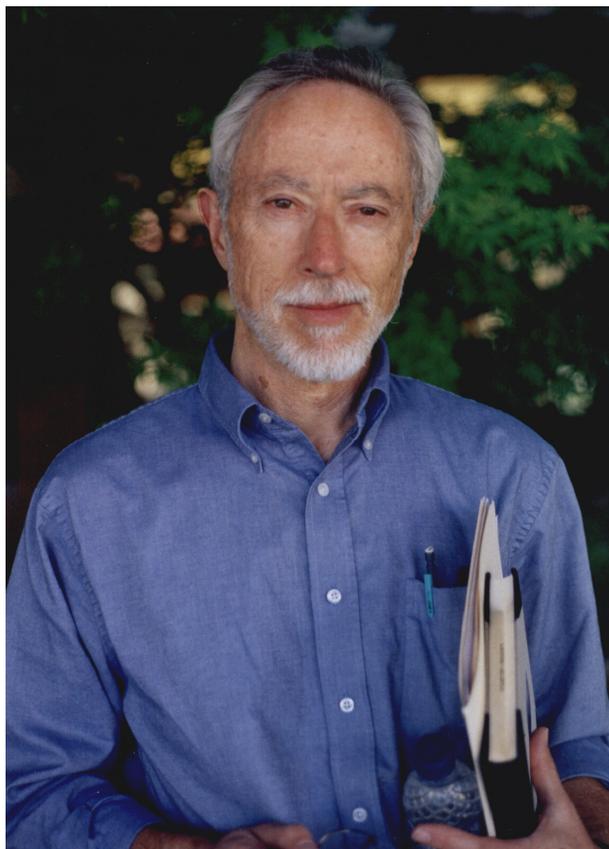


Poeta irónico e intimista, el español Ángel González nació en Oviedo en 1925 y murió en Madrid, muy bien reconocido y premiado, en enero de 2008.

LIBROS BAJO LA LUPA

Vejez y enfermedad

Desde la caótica y sangrienta Sudáfrica del apartheid, que tantas víctimas produjo y tantas penalidades, persecuciones y cárceles infligió a Nelson Mandela, la señora Curren le escribe una hermosa, conmovedora y hondísima carta a su hija única, que ha emigrado a Estados Unidos y que le ha dicho que nunca le pida que regrese. Ya vieja y enferma de cáncer, la antigua profesora arrastra su mísera existencia entre dolores y agonías. Se siente sola, abandonada y colérica en un país cuya crueldad se niega a aceptar. No obstante sus problemas del cuerpo y del alma, la señora Curren es dura y áspera como el hierro, lo mismo que toda la gente del país. De ahí el título de “La edad de hierro” de J. M. Coetzee (Colección Debolsillo, Random House, Mondadori, Barcelona, 2004). En medio de la muerte y la destrucción, la vieja escribe su larga carta con pulso firme y penetración abrumadora. El lector sufre leyendo pero no suelta el libro, pues la maestría de Coetzee, un deslumbrante estilista de argumentos macizos, enfoques certeros y palabra siempre exacta, atrapa desde el principio hasta el fin. Como en



“Hombre lento”, una vez más los asuntos de la vejez y la enfermedad, tan temidos siempre, son en esta obra materia de exploración, análisis y meditación implacables. Coetzee no se pierde en virtuosismos banales, complacientes o efectistas ni en tramas impuestas por las apetencias mercadotécnicas o mediáticas, sino que, por el contrario, hunde su bisturí de cirujano en la parte gangrenada y doliente. De ahí su singularidad, su interés y, sobre todo, su absoluta pertinencia. Sus libros, de longitud normal, sin una sola coma o palabra de más o de menos, son esenciales desde la primera hasta la última página.

El mismo día que le diagnosticaron el cáncer, la ex profesora descubre, al llegar a su casa, que un vagabundo maduro, alcohólico, sucio y maloliente, ha armado un refugio de cartón junto al garaje. Luce un sombrero horrible y está acompañado por un perro tan viejo, feo y sucio como él mismo. A partir de ese instante, el extraño personaje, elusivo, de pocas palabras y casi inhumano, pasa a ser una compañía ingrata y controvertida pero necesaria. Realiza, mal que bien, pequeños

trabajos, se enfada, calla, escucha, a veces ayuda, a veces incomoda, pero siempre ronda por la casa, hasta el punto de que, no obstante la anormalidad de la relación, llega a ser la única compañía relativamente confiable de la solitaria.

Casi siempre empastillada o drogada, entre oleadas intermitentes de dolor y breves pausas de apaciguamiento, la mujer nunca cesa de escribir, pensando que “no hay escritura sin dolor”, y Coetzee aprovecha el expediente para desnudar su psicología hasta el fondo más abrupto y desolado. Entretanto, la casa que habita se va corroyendo entre el descuido, la basura y la ruina, redondeando la metáfora de un doble acabamiento. En ella, además del vagabundo, llamado Vercueil, aparecen otros seres del naufragio nacional: dos jóvenes rebeldes, que son asesinados, y Florence, una criada, madre de uno de ellos. La señora Curren siente crecer su tumor a manera de embarazo mortal, y termina llamándolo su mascota. “Llevo una criatura dentro —escribe— a la que no puedo dar a luz. No puedo porque no quiere nacer. Porque no puede vivir fuera de mí. Así que es mi prisionero o yo soy su prisionera. Golpea la puerta pero no puede salir. Mi hija es mi primera criatura. Es mi vida. Esta es la segunda, la no deseada...”. La única vida que palpita y crece dentro de su cuerpo feo, desgastado y exhausto, es esa. Y se siente tan sola, tan exiliada de todo goce o alegría, que termina ansiando el contacto físico del vagabundo. Le huele mal pero lo busca. Lo detesta pero lo necesita. Ansía el contacto humano, el roce de una mano, de un cuerpo, de una mirada, el fulgor de una sonrisa, el calor de una palabra. Sólo así tal vez pueda seguir viviendo, soportando los terribles dolores de la mascota invasiva y devorante. Al final, termina durmiendo con Vercueil y su perro apestoso...

Novela sobre la vejez, la enfermedad, la soledad y la indefensión, “La edad de hierro” de Coetzee constituye, asimismo, una meditación existencial tan aguda e inteligente como estremecedora.



Un dudoso canto del cisne

En los días precedentes a Semana Santa me llegó el siguiente correo electrónico de Gustavo Álvarez Gardeazábal: “Con ocasión de los idus de marzo he publicado, en edición privada, numerada y obviamente firmada por mí, el que puede ser mi canto del cisne como novelista: “La resurrección de los malditos”.

Queda difícil suponer que el escritor tulueño, en plena madurez de sus 62 años de vida, quien desde muy joven se inicia en las letras y desde entonces no ha cesado de escribir novelas, cuentos, ensayos e infinidad de artículos de prensa, haya llegado al canto del cisne con la novela citada. Si el género narrativo es la columna vertebral de toda su producción intelectual, del cual proviene su renombre literario, no creo que deje de escribir novelas por el hecho de que sus editores hayan dejado de apoyarlo.

El escritor no resistirá las ganas de sostener su verdad a través de las novelas que le faltan, lo cual equivale a continuar señalando a los eternos explotadores del pueblo, denunciando las corruptelas y atacando los atropellos y la sinrazón que a diario se perpetran en el país. Atropellos de los que él mismo ha sido víctima. Dejemos, por ahora, que le pase la rabieta contra sus editores, los mismos que usufructuaron las sólidas ganancias de sus libros, y ahora lo abandonan. Ya veremos que a la vuelta de los días –más breves que largos– saldrán de su pluma nuevos títulos victoriosos.



Quienes tuvimos la suerte de recibir en plena Semana Santa “La resurrección de los malditos”, en edición privada de lujo, numerada y suscrita por el autor, nos sentimos privilegiados con la decisión suya de no llevar su obra a las librerías. Lo cual no quiere decir que compartamos la actitud de sus antiguos editores, quienes no quisieron comercializarla “por razones presuntamente morales”, como lo anota el novelista en su mensaje por internet.

Se trata de una novela vehemente y atrevida, como todas las suyas, que por lo pronto ha provocado el veto del obispo de Buga, quien lanza contra el autor furiosos anatemas por aparecer como el anticristo de los tiempos modernos. En el pasado, “El bazar de los idiotas” sacó a flote la ingenuidad de la gente que se deja llevar por el fanatismo religioso que cifra la salvación del alma en la compra de telas y estampas sagradas, que no solo en el santuario de Buga sino en el mundo entero se comercian como fetiches de explotación que conquistan a los incautos.

Cinco siglos atrás, el monje Martín Lutero se rebeló contra la compra de indulgencias practicada por la Iglesia Católica como medio para salvar el alma. Su rebeldía contra las normas ortodoxas de su propio credo dio lugar al protestantismo. Lutero, que clamaba por el regreso a las enseñanzas de la Biblia, y que por supuesto condenaba el tráfico de indulgencias, fue excomulgado. Tuvieron que transcurrir 500 años para que le fuera levantada la excomunión y se le reconociera la verdad de su protesta. ¿No es acaso la misma tesis que expone Álvarez Gardeazábal en “El bazar de los idiotas”?

En su última novela –“La resurrección de los malditos”–, que yo me resisto a verla como su canto del cisne, insiste en su vieja denuncia contra la violencia. Es un libro reiterativo de “Cóndores no entierran todos los días”, en el cual se recoge el capítulo tenebroso de los ‘pájaros’, o matones de aquellos días. Ahora trasladada esa época de terror a nuestro tiempo, bajo el imperio de los narcotraficantes.

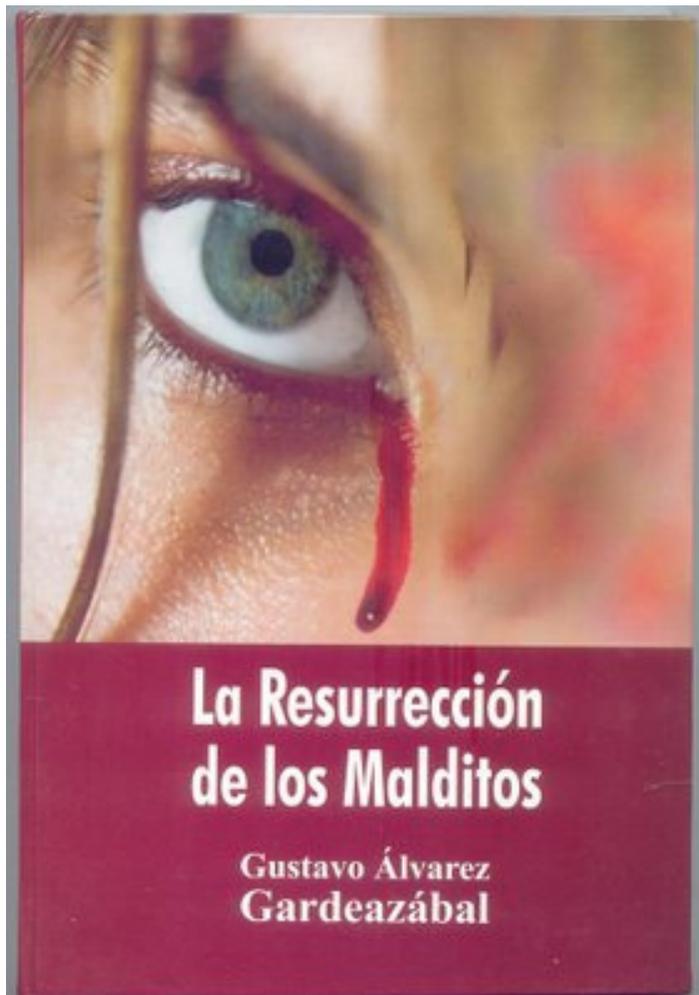
Ramsés Cruz, el protagonista, hijo de un ‘pájaro’ de los años 50, ejerce en el actual escenario de los narcóticos el mismo liderazgo violento de su padre. Condenado a 15 años de cárcel en la prisión de Gorgona, el reo cree en la teoría de que a Cristo le dieron mandrágora para aparentar su muerte, y luego se simuló su resurrección. Por lo tanto, también el malhechor podrá salir de la cárcel tomando mandrágora.

Esta ficción novelesca crea una figura de actualidad: la supervivencia de los llamados traquetos gracias al poder ‘mágico’ de las drogas, que abren todas las puertas, como sabemos: las de la política, las de la justicia, las de los militares, las del gobierno. Durante milenios, la mandrágora, por sus poderes narcóticos, ha sido considerada una planta que produce efectos mágicos.

Cuadra muy bien en la novela que el capo Ramsés Cruz se tome una pócima de mandrágora para salir libre de su cautiverio. La obra enseña que pasa una época violenta, y llega otra no menos violenta. La mala yerba se sigue reproduciendo como por arte de magia.

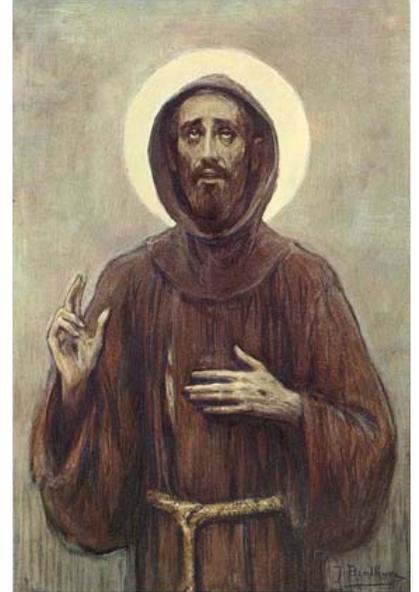
El poder ominoso se transfiere de los capos a sus esposas, a sus hijos, a sus nietos. Eso es lo que sugiere la novela de Álvarez Gardeazábal –sin editor, y ojalá sin canto del cisne–. ¿Acaso no es lo mismo que sucede en la realidad colombiana de todos los días?

*gustavopaez@cable.net.co



Las Florecillas de San Francisco

Hay noches en que, tras el tráfago del día, nos sentamos solazadamente en un sillón de la biblioteca hogareña y empezamos a observar con atención a nuestros mejores e incondicionales compañeros de viaje: los libros. Parece que cada uno de ellos, con su título, su autor y sus características editoriales, nos mirara a los ojos de forma sugerente. Hace poco mis ojos se encontraron con el entrañable libro titulado Las florecillas de san Francisco.



Pequeño en su volumen, pero de una gran dimensión espiritual y literaria, el texto está dividido en 53 capítulos donde se narran historias breves (de no más de 2 cuartillas cada una), que cuentan las aventuras, hechos, vida y obra de San Francisco de Asís y sus doce frailes. El libro abre con un bello retrato espiritual y físico del Pobrecillo de Asís, escrito por Tomás Celano, y continúa con un sobrio poema de alabanza al Señor, por las criaturas, por el sol, la luna y las estrellas; por el viento, el aire, el fuego y la madre tierra; por los que perdonan, por los que viven la paz y la muerte corporal.

Este breve escrito, que cuenta casi setecientos años, nació en latín con el nombre de Actus Beati francisci el sociorum eius. Esta recopilación obedece a la tradición oral mantenida viva por el amor de los frailes contemporáneos y más allegados al santo de Asís y por aquellos que lo conocieron y guardaron sus recuerdos. Un fraile marquesano (de la provincia de Las Marcas) obedeció a la necesidad de escribir estos recuerdos para asegurarlos a la posteridad. Más tarde, en el siglo XIV, cuando el latín vulgar había recibido con Dante Alighieri su bautismo literario, otro fraile seleccionó veinticuatro capítulos de los Actus, y los tradujo intitulándolos Florecillas, según la costumbre medieval que llamaba Floretum a la selección de los mejores pasajes de una obra.

El capítulo primero es una reveladora comparación entre la vida de Cristo y la de San Francisco: “... Cristo en el principio de su predicación, eligió doce apóstoles para que despreciaran todas las cosas del mundo y siguieran su ejemplo en la pobreza y en otras virtudes; así, San Francisco eligió desde el principio de la fundación de la Orden doce compañeros poseedores de la altísima pobreza...”

El capítulo segundo cuenta de cómo se convirtió fray Bernardo de Asís, el primer compañero de San Francisco... Y así, mediante un lenguaje sencillo, transparente y no exento de giros poéticos, el libro narra, hasta llegar al capítulo quincuagésimo tercero, el último, las más extraordinarias, místicas y divertidas historias, sucesos y aventuras, donde encontramos a un San Francisco muy cercano a Dios, pero también en estrecha convivencia y comprensión con los hombres, como en el apartado aquel del “santísimo milagro que hizo San Francisco” cuando convirtió al feroz lobo de Gubbio:

“...San Francisco se encaminó resueltamente hacia el lugar donde estaba el lobo. Cuando he aquí que, a la vista de muchos de los habitantes, que habían seguido en gran número para ver este milagro, el

lobo avanzó al encuentro de San Francisco con la boca abierta; acercándose a él, San Francisco le hizo la señal de la cruz, lo llamó a sí y le dijo: ¡Ven aquí, hermano lobo! Yo te mando, de parte de Cristo, que no hagas daño ni a mí ni a nadie. ¡Cosa admirable! Apenas trazó la cruz San Francisco, el terrible lobo cerró la boca, dejó de correr y, obedeciendo la orden, se acercó mansamente, como un cordero, y se echó a los pies de San Francisco...”

Es de anotar que este hermoso y aleccionador episodio sería retomado, tiempo después, ¡mucho tiempo después!, por el gran poeta nicaragüense Rubén Darío, para escribir la bella e inmortal poesía Los motivos del lobo, fechada en París, en 1913, y que transcribo, para gozo del lector:

Los motivos del lobo

El varón que tiene corazón de lis,
alma de querube, lengua celestial,
el mínimo y dulce Francisco de Asís,
está con un rudo y torvo animal,
bestia temerosa, de sangre y de robo,
las fauces de furia, los ojos de mal:
¡el lobo de Gubbio, el terrible lobo!
Rabioso, ha asolado los alrededores;
cruel, ha deshecho todos los rebaños;
devoró corderos, devoró pastores,
y son incontables sus muertes y daños.

Fuertes cazadores armados de hierros
fueron destrozados. Los duros colmillos
dieron cuenta de los más bravos perros,
como de cabritos y de corderillos.

Francisco salió:
al lobo buscó
en su madriguera.
Cerca de la cueva encontró a la fiera
enorme, que al verle se lanzó feroz
contra él. Francisco, con su dulce voz,
alzando la mano,
al lobo furioso dijo: —¡Paz, hermano
lobo!” El animal
contempló al varón de tosco sayal;
dejó su aire arisco,
cerró las abiertas fauces agresivas,
y dijo: —”¡Está bien, hermano Francisco!”
“¡Cómo! —exclamó el santo—. ¿Es ley que tú vivas
de horror y de muerte?
¿La sangre que vierte
tu hocico diabólico, el duelo y espanto
que esparces, el llanto

de los campesinos, el grito, el dolor
de tanta criatura de Nuestro Señor,
no han de contener tu encono infernal?

¿Vienes del infierno?

¿Te ha infundido acaso su rencor eterno
Luzbel o Belial?"

Y el gran lobo, humilde: —"¡Es duro el invierno,
y es horrible el hambre! En el bosque helado
no hallé qué comer; y busqué el ganado,
y en veces comí ganado y pastor.

¿La sangre? Yo vi más de un cazador
sobre su caballo, llevando el azor
al puño; o correr tras el jabalí,
el oso o el ciervo; y a más de uno vi
mancharse de sangre, herir, torturar,
de las roncas trompas al sordo clamor,
a los animales de Nuestro Señor.

¡Y no era por hambre que iban a cazar!"

Francisco responde: —"En el hombre existe
mala levadura.

Cuando nace, viene con pecado. Es triste.

Mas el alma simple de la bestia es pura.

Tú vas a tener
desde hoy qué comer.

Dejarás en paz

rebaños y gente en este país.

¡Que Dios melifique tu ser montaraz!"

—"Está bien, hermano Francisco de Asís".

—"Ante el Señor, que todo ata y desata,
en fe de promesa tiéndeme la pata".

El lobo tendió la pata al hermano
de Asís, que a su vez le alargó la mano.

Fueron a la aldea. La gente veía
y lo que miraba casi no creía.

Tras el religioso iba el lobo fiero,
y, baja la testa, quieto le seguía
como un can de casa, o como un cordero.

Francisco llamó la gente a la plaza
y allí predicó.

Y dijo: —"He aquí una amable caza.

El hermano lobo se viene conmigo;
me juró no ser ya vuestro enemigo,
y no repetir su ataque sangriento.

Vosotros, en cambio, daréis su alimento
a la pobre bestia de Dios". —"¡Así sea!",
contestó la gente toda de la aldea.

Y luego, en señal
de contentamiento,
movió testa y cola el buen animal,
y entró con Francisco de Asís al convento.

Algún tiempo estuvo el lobo tranquilo
en el santo asilo.
Sus bastas orejas los salmos oían
y los claros ojos se le humedecían.
Aprendió mil gracias y hacía mil juegos
cuando a la cocina iba con los legos.
Y cuando Francisco su oración hacía,
el lobo las pobres sandalias lamía.
Salía a la calle,
iba por el monte, descendía al valle,
entraba a las casas y le daban algo
de comer. Mirábanle como a un manso galgo.
Un día, Francisco se ausentó. Y el lobo
dulce, el lobo manso y bueno, el lobo probo,
desapareció, tornó a la montaña,
y recomenzaron su aullido y su saña.
Otra vez sintióse el temor, la alarma,
entre los vecinos y entre los pastores;
colmaba el espanto los alrededores,
de nada servían el valor y el arma,
pues la bestia fiera
no dio tregua a su furor jamás,
como si tuviera
fuegos de Moloch y de Satanás.

Cuando volvió al pueblo el divino santo,
todos lo buscaron con quejas y llanto,
y con mil querellas dieron testimonio
de lo que sufrían y perdían tanto
por aquel infame lobo del demonio.

Francisco de Asís se puso severo.
Se fue a la montaña
a buscar al falso lobo carnicero.
Y junto a su cueva halló a la alimaña.
—"En nombre del Padre del sacro universo,
conjúrote —dijo—, ¡oh lobo perverso!,
a que me respondas: ¿Por qué has vuelto al mal?
Contesta. Te escucho".
Como en sorda lucha, habló el animal,
la boca espumosa y el ojo fatal:
—"Hermano Francisco, no te acerques mucho...

Yo estaba tranquilo allá en el convento;
al pueblo salía,
y si algo me daban estaba contento
y manso comía.
Mas empecé a ver que en todas las casas
estaban la Envidia, la Saña, la Ira,
y en todos los rostros ardían las brasas
de odio, de lujuria, de infamia y mentira.
Hermanos a hermanos hacían la guerra,
perdían los débiles, ganaban los malos,
hembra y macho eran como perro y perra,
y un buen día todos me dieron de palos.
Me vieron humilde, lamía las manos
y los pies. Seguía tus sagradas leyes,
todas las criaturas eran mis hermanos:
los hermanos hombres, los hermanos bueyes,
hermanas estrellas y hermanos gusanos.
Y así, me apalearon y me echaron fuera.
Y su risa fue como un agua hirviente,
y entre mis entrañas revivió la fiera,
y me sentí lobo malo de repente;
mas siempre mejor que esa mala gente,
y recomencé a luchar aquí,
a me defender y a me alimentar.
Como el oso hace, como el jabalí,
que para vivir tienen que matar.
Déjame en el monte, déjame en el risco,
déjame existir en mi libertad,
vete a tu convento, hermano Francisco,
sigue tu camino y tu santidad”.

El santo de Asís no le dijo nada.
Le miró con una profunda mirada,
y partió con lágrimas y con desconsuelos,
y habló al Dios eterno con su corazón.
El viento del bosque llevó su oración,
que era: “Padre nuestro, que estás en los cielos...”

Inefable y enternecedor es aquel capítulo en el cual el Pobrecillo Francisco domesticó a las tórtolas salvajes; o ese otro, revelador y prodigioso, narrado con sencillez y belleza, donde un joven fraile presenció un encuentro sobrenatural y divino:

“... Al poco rato despertó el joven fraile, y, al ver el cordón desatado y que San Francisco se había marchado, se levantó también él y fue en su busca; hallando abierta la puerta que daba al bosque, pensó que San Francisco habría ido allá, y se adentró en el bosque. Al llegar cerca del sitio donde estaba orando San Francisco, comenzó a oír una animada conversación; se aproximó más para entender

lo que oía, y vio una luz admirable que envolvía a San Francisco; dentro de esa luz vio a Jesús, a la Virgen María, a San Juan el Bautista y al Evangelista, y una gran multitud de ángeles, que estaban hablando con San Francisco. Al ver y oír esto, el joven cayó en tierra desvanecido”.

O el otro, lleno de gracia y salpicado de humor, donde se narran las ocurrencias del fraile más ingenuo del que se tenga noticia: fray Junípero (quien dio origen a la famosa tira cómica del mismo nombre), cuando decide aparecer montando un columpio por parecer más humilde ante los hombres y “gozar” de la burla de éstos.

Así, pues, independiente de la religión que se profese o de la religiosidad propia del lector, adentrarse en las 53 aventuras, hechos y milagros de san Francisco y sus doce frailes, es una deliciosa experiencia que hermosea el espíritu y permite ver %de contera% un claro ejemplo de pulcritud, precisión y sencillez en el uso del idioma.

Algo hace que Las florecillas de San Francisco siga siendo una de las obras maestras de la literatura universal, traducida a todas las lenguas del mundo y editándose sin cesar. Tal vez sea que en él encontramos la ingenuidad, la ternura y la mansedumbre que apacigua el espíritu, tan difícil de encontrar en nuestro tiempo, más aun en muchos desafortunados gobernantes, gárrulas y ferinos, que seguramente desprecian socarronamente lo que Francisco decía y alababa.

**iguzman2007@une.net.co*

Juan Gelman

Discurso en la recepción del Premio Cervantes 2007

La muerte se ha vuelto anónima y hay algo peor: hoy mismo centenares de miles de seres humanos son privados de la muerte propia.

Majestades, Señor Presidente del Gobierno, Señor Ministro de Cultura, Señor Rector de la Universidad de Alcalá de Henares, autoridades estatales, autonómicas, locales y académicas, amigas, amigos, señoras y señores:

Deseo, ante todo, expresar mi agradecimiento al jurado del Premio de Literatura en Lengua Castellana Miguel de Cervantes, a la alta investidura que lo patrocina y a las instituciones que hacen posible esta honrosísima distinción, la más preciada de la lengua, que hoy se me otorga.

Mi gratitud es profunda y desborda lo meramente personal. En el año 2006 se galardonó con este Premio al gran poeta español Antonio Gamoneda y en el 2007 lo recibe también un poeta, esta vez de Iberoamérica. Se premia a la poesía entonces, “que es como una doncella tierna y de poca edad y en todo extremo hermosa” para don Quijote, doncella que, dice Cervantes en “Viaje del Parnaso”,



“puede pintar en la mitad del día
la noche, y en la noche más oscura
el alba bella que las perlas cría...
Es de ingenio tan vivo y admirable
que a veces toca en puntos que suspenden,
por tener no se qué de inescrutable”.

A la poesía hoy se premia, como fuera premiada ayer y aun antes en este histórico Paraninfo donde voces muy altas resuenan todavía. Y es algo verdaderamente admirable en estos “Dürftiger Zeite”, estos tiempos mezquinos, estos tiempos de penuria, como los calificaba Hölderlin preguntándose “Wozu Dichter”, para qué poetas. ¿Qué hubiera dicho hoy, en un mundo en el que cada tres segundos y medio un niño menor de 5 años muere de enfermedades curables, de hambre, de pobreza? Me pregunto cuántos habrán fallecido desde que comencé a decir estas palabras. Pero ahí está la poesía: de pie contra la muerte.

Safo habló del bello huerto en el que “un agua fresca rumorea entre las ramas de los manzanos, todo el lugar sombreado por las rosas y del ramaje tembloroso el sueño descendía”, Mallarmé conoció la desnudez de los sueños dispersos, Santa Teresa recogía las imágenes y los fantasmas de los objetos que mueven apetitos, San Juan bebió el vino de amor que sólo una copa sirve, Cavalcanti vio a la mujer que hacía temblar de claridad el aire, Hildegarda de Bingen lloró las suaves lágrimas de la compunción, y tanta belleza cargada de más vida causa el temblor de todo el ser. ¿No será la palabra poética el sueño de otro sueño?

Santa Teresa y San Juan de la Cruz tuvieron para mí un significado muy particular en el exilio al que me condenó la dictadura militar argentina. Su lectura desde otro lugar me reunió con lo que yo mismo sentía, es decir, la presencia ausente de lo amado, Dios para ellos, el país del que fui expulsado para mí. Y cuánta compañía de imposible me brindaron.

Ese es un destino “que no es sino morir muchas veces”, comprobaba Teresa de Ávila. Y yo moría muchas veces y más con cada noticia de un amigo o compañero asesinado o desaparecido que agrandaba la pérdida de lo amado.

La dictadura militar argentina desapareció a 30.000 personas y cabe señalar que la palabra “desaparecido” es una sola, pero encierra cuatro conceptos: el secuestro de ciudadanas y ciudadanos inermes, su tortura, su asesinato y la desaparición de sus restos en el fuego, en el mar o en suelo ignoto. El Quijote me abría entonces manantiales de consuelo.

Lo leí por primera vez en mi adolescencia y con placer extremo después de cruzar, no sin esfuerzo, la barrera de las imposiciones escolares. Me acuciaba una pregunta: ¿cómo habrá sido el hombre, don Miguel?

Conocía su vida de pobreza y sufrimiento, sus cárceles, su cautiverio en Argel, su Lepanto, los intentos fallidos de mejorar su suerte. Pero él, ¿quién era? Releía el autorretrato que trazó en el prólogo de las Novelas Ejemplares: “Este que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada”, que nada me decía, salvo la mención de sus “alegres ojos”. Comprendí entonces que él era en su escritura.

Me interno en ella y aún hoy creo a veces escuchar sus carcajadas cuando acostaba al Caballero de la Triste Figura en el papel. Sólo quien, desde el dolor, ha escrito con verdadero goce puede dar a sus lectores un gozo semejante. Cómico es el rostro de la tragedia cuando se mira a sí misma.

Declaro que, en verdad, quise recorrer ante ustedes, con ustedes, los trabajos de Persiles y Segismunda, o la locura quebradiza del licenciado Vidriera, o compartir la nueva admiración y la nueva maravilla del coloquio de los perros, o el combate verdaderamente ejemplar entre los poetas malos y los buenos que tiene lugar en “Viaje del Parnaso” y en el que cualquier buen poeta podía caer herido por un pésimo soneto bien arrojado.

Pero tal como la lámpara alimentada a querosén que los campesinos de mi país encienden a la noche y alrededor de la cual se sientan a cenar, cuando hay, y luego a leer, cuando hay y cuando hay ganas, y a la que mosquitos y otros seres alados acuden ciegos de luz y la calor los mata, así yo, encandilado por don Alonso Quijano, no puedo sustraerme a su fulgor.

Muchas plumas hondas y brillantes han explorado los rincones del gran libro. Por eso, parafraseando al autor, declaro sin ironía alguna que, con seguridad, este discurso carece de invención, es menguado de estilo, pobre de conceptos, falto de toda erudición y doctrina. Sólo hablo como lector devoto de Cervantes, pero quién puede describir los territorios del asombro. Con mucha suerte y perspicacia, es posible apenas sentarse a la sombra de lo que siempre calla.

Cervantes se instala en un supuesto pasado de nobleza e hidalguía para criticar las injusticias de su época, que son las mismas de hoy: la pobreza, la opresión, la corrupción arriba y la impotencia abajo, la imposibilidad de mejorar los tiempos de penuria que Hölderlin nombró. Se burla de ese intento de cambio y se burla de esa burla porque sabe que jamás será posible terminar con la utopía, recortar la capacidad de sueño y de deseo de los seres humanos.

Cervantes inventó la primera novela moderna, que contiene y es madre de todas las novedades posteriores, de Kafka a Joyce. Y cuando en pleno siglo XX Michel Foucault encuentra en Raymond Roussel las características de la novela moderna, éstas: “el espacio, el vacío, la muerte, la transgresión, la distancia, el delirio, el doble, la locura, el simulacro, la fractura del sujeto”, uno se pregunta ¿qué? ¿No existe todo eso, y más, en la escritura de Cervantes?

Su modernidad no se limita a un singular universo literario. La más humana es un espejo en el que podemos aún mirarnos sin deformaciones en este siglo XXI. Dice Don Quijote: “Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería a cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención, con la cual dio causa que un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero, y que sin saber cómo o por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima a los valientes pechos, llega una desmandada bala (disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar la maldita máquina) y corta y acaba en un instante los pensamientos y la vida de quien la merecía gozar luengos siglos”.

Desde el lugar de presunto caballero andante quejoso de que las armas de fuego hayan sustituido a las espadas, y que una bala lejana torne inútil el combate cuerpo a cuerpo, Don Quijote destaca un hecho que ha modificado por completo la concepción de la muerte en Occidente: es la aparición de la muerte a distancia, cada vez más segura para el que mata, cada vez más terrible para el que muere.

Pasaron al olvido las ceremonias públicas y organizadas que presidía el mismo agonizante en su lecho: la despedida de los familiares, los amigos, los vecinos, el dictado del testamento ante los deudos. La muerte hospitalizada llega hoy con un cortejo de silencios y mentiras. Y qué decir de los 200.000 civiles de Hiroshima que el coronel Paul Tobbets aniquiló desde la altura apretando un simple botón. Piloteaba un aparato que bautizó con el nombre de su madre, arrojó la bomba atómica y después durmió tranquilo todas las noches, dijo. Pocos conocen el nombre de las víctimas cuya vida el coronel había segado.

La muerte se ha vuelto anónima y hay algo peor: hoy mismo centenares de miles de seres humanos son privados de la muerte propia. Así se da en Irak.

Creo, sin embargo, como el historiador y filósofo Juan Carlos Rodríguez, que el Quijote es una gran novela de amor. Del amor imposible.

En el amor se da lo que no se tiene y se recibe lo que no se da y ahí está la presencia del ser amado nunca visto, el amor a un mundo más humano nunca visto y torpemente entrevisto, el amor a una mujer que no es y a una justicia para todos que no es. Son amores diferentes pero se juntan en un haz de fuego. ¿Y acaso no quisimos hacer quijotadas en alguna ocasión, ayudar a los flacos y menesterosos? ¿Luchando contra molinos de aspas de acero, que ya no de madera? ¿Despanzurrando odres de vino en vez de enfrentar a los dueños del dolor ajeno? ¿"En este valle de lágrimas, en este mal mundo que tenemos -dice Sancho-, donde apenas se halla cosa que esté sin mezcla de maldad, embuste y bellaquería"?

He celebrado hace dos años, con ocasión de la entrega del Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana, mi llegada a una España que no acepta las aventuras bélicas y que rompe clausuras sociales que hieren la intimidad de las personas. Hoy celebro nuevamente a una España empeñada en rescatar su memoria histórica, único camino para construir una conciencia cívica sólida que abra las puertas al futuro. Ya no vivimos en la Grecia del siglo V antes de Cristo en que los ciudadanos eran obligados a olvidar por decreto. Esa clase de olvido es imposible. Bien lo sabemos en nuestro Cono Sur.

Para San Agustín, la memoria es un santuario vasto, sin límite, en el que se llama a los recuerdos que a uno se le antojan. Pero hay recuerdos que no necesitan ser llamados y siempre están ahí y muestran su rostro sin descanso. Es el rostro de los seres amados que las dictaduras militares desaparecieron.

Pesan en el interior de cada familiar, de cada amigo, de cada compañero de trabajo, alimentan preguntas incesantes: ¿cómo murieron? ¿Quiénes los mataron? ¿Por qué? ¿Dónde están sus restos para recuperarlos y darles un lugar de homenaje y de memoria? ¿Dónde está la verdad, su verdad? La nuestra es la verdad del sufrimiento. La de los asesinos, la cobardía del silencio. Así prolongan la impunidad de sus crímenes y la convierten en impunidad dos veces.

Enterrar a sus muertos es una ley no escrita, dice Antígona, una ley fija siempre, inmutable, que no es una ley de hoy sino una ley eterna que nadie sabe cuándo comenzó a regir. "¡Iba yo a pisotear esas leyes venerables, impuestas por los dioses, ante la antojadiza voluntad de un hombre, fuera el que fuera!", exclama. Así habla de y con los familiares de desaparecidos bajo las dictaduras militares que devastaron nuestros países. Y los hombres no han logrado aún lo que Medea pedía: curar el infortunio con el canto.

Hay quienes vilipendian este esfuerzo de memoria. Dicen que no hay que remover el pasado, que no hay que tener ojos en la nuca, que hay que mirar hacia adelante y no encarnizarse en reabrir viejas heridas. Están perfectamente equivocados. Las heridas aún no están cerradas. Laten en el subsuelo de la sociedad como un cáncer sin sosiego. Su único tratamiento es la verdad.

Y luego, la justicia. Sólo así es posible el olvido verdadero. La memoria es memoria si es presente y así como Don Quijote limpiaba sus armas, hay que limpiar el pasado para que entre en su pasado. Y sospecho que no pocos de quienes preconizan la destitución del pasado en general, en realidad quieren la destitución de su pasado en particular.

Pero volviendo a algunos párrafos atrás: hay tanto que decir de Cervantes, de este hombre tan fuera del uso de los otros. De sus neologismos, por ejemplo. Salvo él, nadie vio a una persona caminar asnalmente. O llevar en la cabeza un baciyelmo. O bachillear. Don Quijote aprueba la creación de palabras nuevas, porque “esto es enriquecer la lengua, sobre quien tienen poder el vulgo y el uso”. Hace unos años ciertos poetas lanzaron una advertencia en tono casi legislativo: no hay que lastimar al lenguaje, como si éste fuera río coagulado, como si los pueblos no vinieran “lastimándolo” desde que empezaron a nombrar.

Cuando Lope dice “siempre mañana y nunca mañanamos” agranda el lenguaje y muestra que el castellano vive, porque sólo no cambian las lenguas que están muertas. La lengua expande el lenguaje para hablar mejor consigo misma.

Esas invenciones latan en las entrañas de la lengua y traen balbuceos y brisas de la infancia como memoria de la palabra que de afuera vino, tocó al infante en su cuna y le abrió una herida que nunca ha de cerrar. Esas palabras nuevas, ¿no son acaso una victoria contra los límites del lenguaje? ¿Acaso el aire no nos sigue hablando? ¿Y el mar, la lluvia, no tienen muchas voces? ¿Cuántas palabras aún desconocidas guardan en sus silencios? Hay millones de espacios sin nombrar y la poesía trabaja y nombra lo que no tiene nombre todavía.

Esto exige que el poeta despeje en sí caminos que no recorrió antes, que desbroce las malezas de su subjetividad, que no escuche el estrépito de la palabra impuesta, que explore los mil rostros que la vivencia abre en la imaginación, que encuentre la expresión que les dé rostro en la escritura.

El internarse en sí mismo del poeta es un atrevimiento que lo expone a la intemperie. Aunque bien decía Rilke: “[...] lo que finalmente nos resguarda/es nuestra desprotección”. Ese atrevimiento conduce al poeta a un más adentro de sí que lo trasciende como ser. Es un trascender hacia sí mismo que se dirige a la verdad del corazón y a la verdad del mundo. Marina Tsvetaeva, la gran poeta rusa aniquilada por el estalinismo, recordó alguna vez que el poeta no vive para escribir. Escribe para vivir.



Parturient montes

*...mudo espío mientras alguien voraz a mí me observa.
Carlos Pellicer*

*...nascetur ridiculas mus.
Horacio, Ad Pisones, 139.*

Entre amigos y enemigos se difundió la noticia de que yo sabía una nueva versión del parto de los montes. En todas partes me han pedido que la refiera, dando muestras de una expectación que rebasa con mucho el interés de semejante historia. Con toda honestidad, una y otra vez remití la curiosidad del público a los textos clásicos y a las ediciones de moda. Pero nadie se quedó contento: todos querían oírla de mis labios. De la insistencia cordial pasaban, según su temperamento, a la amenaza, a la coacción y al soborno. Algunos flemáticos sólo fingieron indiferencia para herir mi amor propio en lo más vivo. La acción directa tendría que llegar tarde o temprano.



Ayer fui asaltado en plena calle por un grupo de resentidos. Cerrándome el paso en todas direcciones, me pidieron a gritos el principio del cuento.

Muchas gentes que pasaban distraídas también se detuvieron, sin saber que iban a tomar parte en un crimen. Conquistadas sin duda por mi aspecto de charlatán comprometido, prestaron de buena gana su concurso. Pronto me hallé rodeado por la masa compacta.

Abrumado y sin salida, haciendo un total acopio de energía, me propuse acabar con mi prestigio de narrador. Y he aquí el resultado. Con una voz falseada por la emoción, trepado en mi banquillo de agente de tránsito que alguien me puso debajo de los pies, comienzo a declamar las palabras de siempre, con los ademanes de costumbre: “En medio de terremotos y explosiones, con grandiosas señales de dolor, desarraigando los árboles y desgajando las rocas, se aproxima un gigante advenimiento. ¿Va a nacer un volcán? ¿Un río de fuego? ¿Se alzarán en el horizonte una nueva y sumergida estrella? Señoras y señores: ¡Las montañas están de parto!”

El estupor y la vergüenza ahogan mis palabras. Durante varios segundos prosigo el discurso a base de pura pantomima, como un director frente a la orquesta enmudecida. El fracaso es tan real y evidente, que algunas personas se conmueven. “¡Bravo!”, oigo que gritan por allí, animándome a llenar la laguna. Instintivamente me llevo las manos a la cabeza y la aprieto con todas mis fuerzas, queriendo apresurar el fin del relato. Los espectadores han adivinado que se trata del ratón legendario, pero simulan una ansiedad enfermiza. En torno a mí siento palpitar un solo corazón.

Yo conozco las reglas del juego, y en el fondo no me gusta defraudar a nadie con una salida de prestidigitador. Bruscamente me olvido de todo. De lo que aprendí en la escuela y de lo que he leído en los libros. Mi mente está en blanco. De buena fe y a mano limpia, me pongo a perseguir al ratón. Por

primera vez se produce un silencio respetuoso. Apenas si algunos asistentes participan en voz baja a los recién llegados, ciertos antecedentes del drama. Yo estoy realmente en trance y me busco por todas partes el desenlace, como un hombre que ha perdido la razón.

Recorro mis bolsillos uno por uno y los dejo volteados, a la vista del público. Me quito el sombrero y lo arrojo inmediatamente, desechando la idea de sacar un conejo. Deshago el nudo de mi corbata y sigo adelante, profundizando en la camisa, hasta que mis manos se detienen con horror en los primeros botones del pantalón.

A punto de caer desmayado, me salva el rostro de una mujer que de pronto se enciende con esperanzado rubor. Afirmado en el pedestal, pongo en ella todas mis ilusiones y la elevo a la categoría de musa, olvidando que las mujeres tienen especial debilidad por los temas escabrosos. La tensión llega en este momento a su máximo. ¿Quién fue el alma caritativa que al darse cuenta de mi estado avisó por teléfono? La sirena de la ambulancia preludia en el horizonte una amenaza definitiva.

En el último instante, mi sonrisa de alivio detiene a los que sin duda pensaban en lincharme. Aquí, bajo el brazo izquierdo, en el hueco de la axila, hay un leve calor de nido... Algo aquí se anima y se remueve... Suavemente, dejo caer el brazo a lo largo del cuerpo, con la mano encogida como una cuchara. Y el milagro se produce. Por el túnel de la manga desciende una tierna migaja de vida. Levanto el brazo y extendiendo la palma triunfal.

Suspiro, y la multitud suspira conmigo. Sin darme cuenta, yo mismo doy la señal del aplauso y la ovación no se hace esperar. Rápidamente se organiza un desfile asombroso ante el ratón recién nacido. Los entendidos se acercan y lo miran por todos lados, se cercioran de que respira y se mueve, nunca han visto nada igual y me felicitan de todo corazón. Apenas se alejan unos pasos y ya comienzan las objeciones. Dudan, se alzan de hombros y menean la cabeza. ¿Hubo trampa? ¿Es un ratón de verdad? Para tranquilizarme, algunos entusiastas proyectan un paseo en hombros, pero no pasan de allí. El público en general va dispersándose poco a poco. Extenuado por el esfuerzo y a punto de quedarme solo, estoy dispuesto a ceder la criatura al primero que me la pida.

Las mujeres temen casi siempre a esta clase de roedores. Pero aquella cuyo rostro resplandeció entre todos, se aproxima y reclama con timidez el entrañable fruto de fantasía. Halagado a más no poder, yo se lo dedico inmediatamente, y mi confusión no tiene límites cuando se lo guarda amorosa en el seno. Al despedirse y darme las gracias, explica como puede su actitud, para que no haya malas interpretaciones. Viéndola tan turbada, la escucho con embeleso. Tiene un gato, me dice, y vive con su marido en un departamento de lujo. Sencillamente, se propone darles una pequeña sorpresa. Nadie sabe allí lo que significa un ratón.



UN BELLO CAFÉ MUSICAL

Salón Málaga

En una ciudad como Medellín, en donde los cafés han venido desapareciendo, resulta sorprendente el caso del Salón Málaga, cuyos primeros 50 años se acaban de celebrar con el beneplácito de los aficionados a la música vieja y sendos reconocimientos y condecoraciones institucionales.

Desde su natal Caramanta, el fundador, don Gustavo Arteaga, se aficionó a la música popular, que se oía en los tocadiscos y traganíqueles del pueblo y que los campesinos cantaban y tarareaban en los jolgorios aguardienteros y cerveceros. Canciones de despecho y desamor, entre cuyos cantantes estelares se contaban figuras como Carlos Gardel, Margarita Cueto, Juan Arvizu, Libertad Lamarque, Daniel Santos, Toña la Negra y muchísimos otros más, que, andando el tiempo y ya en Medellín, hicieron que el coleccionista montara el bar de sus sueños. No se trataba de un simple y vulgar bebedero sino de un lugar limpio, digno, bien organizado, con una clientela escogida y, sobre todo, nucleada por la afición a la música antigua.



Así nació el Salón Málaga, con nombre de ciudad hispánica. Por la suma de 700 pesos el hombre compró un pequeño bar de sólo cuatro o cinco mesas y empezó a trabajar y a crear clientela hasta culminar en el bello y acreditado establecimiento que ahora se encuentra situado en la carrera Bolívar, frente a la estación San Antonio del Metro.

Con una portada lindamente decorada con pasamanos de madera lustrosa y bajo el mítico logotipo del perro de la Víctor, el Salón Málaga no sólo es un sitio de reunión y celebración para los amantes y coleccionistas de música vieja, sino todo un museo iconográfico de las grandes figuras del cancionero popular de todas las épocas. Las paredes están repletas de retratos sobriamente enmarcados, de fotografías que evocan aspectos antiguos de la ciudad y de carátulas de sellos disqueros ya desaparecidos que marcaron hitos trascendentales en la evolución musical del país y de Hispanoamérica.

En salas aireadas y sin humo, pues la norma prohíbe fumar, se ven siete traganíqueles, cada uno de los cuales ofrece diferentes tipos de música, pero, además, todos los días el lugar tiene una programación especial, con dos eventos relevantes: el segundo miércoles de cada mes hay una tertulia musical y los sábados es la fiesta del tango, con excelentes intérpretes y con bailarines de notable virtuosismo, que incluyen parejas adultas, jóvenes e infantiles. Para complementar esto, los domingos se dan clases de tango a gentes de todas las edades.

Por su belleza, amenidad y buena administración (a cargo ahora de César, hijo del fundador), el cincuentenario salón musical constituye un obligado punto de encuentro de coleccionistas musicales y de artistas e intelectuales y un referente turístico de primera línea, que ojalá los visitantes nacionales y extranjeros anoten dentro de sus planes en Medellín.